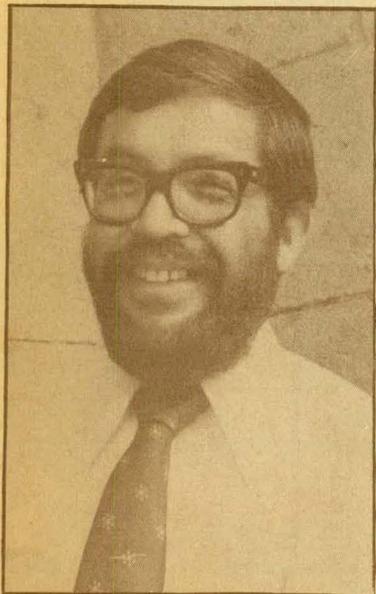


# En la UNAM

diciembre de 1984

# No Reeleccion

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Al contrario de lo que ocurre formalmente en el país, en la Universidad Nacional no hay sufragio efectivo y sí, en cambio, reelección. Merced a tales aberraciones, en los próximos quince días la Junta de Gobierno notificará al público una decisión en muchos sentidos ya adoptada desde ahora, que permitirá al doctor Octavio Rivero Serrano sentarse durante cuatro años más en el sillón principal de la Torre de la Rectoría. No ganará nada con ello la Universidad.

Debiera prohibirse la reelección universitaria, en general. Y en particular debiera impedirse que en esta oportunidad el Rector se quedara en su cargo. La historia muestra que nunca, en la principal institución universitaria

nacional, las segundas partes fueron buenas. En la vigencia de la ley orgánica de 1945, sólo tres rectores quisieron o pudieron ser reeligidos. El primero de ellos fue el doctor Nabor Carrillo. Los últimos años de su rectorado fueron desastrosos. En 1960, el postrero, hubo menos de seis meses de clases. No había autoridad válida en la Universidad (excepto la ejercida, como podían, por directores que como don Pablo González Casanova en Ciencias Políticas y Sociales contaba con su propio prestigio personal). También su sucesor, el gran mexicano que fue el doctor Ignacio Chávez, cayó en la tentación de ser reeligido. Y si bien es claro que su caída fue ordenada por el gobierno federal, en uno de los episodios más denigrantes de la historia patria, también lo es que el Rector se había enajenado buena parte de la voluntad de los universitarios, muy activos por entonces, con medidas autoritarias e inconsultas.

Don Javier Barros Sierra, en uno (entre los muchos que tuvo) de los gestos de mayor dignidad universitaria que protagonizó, expresó su desacuerdo con la reelección y no aceptó la suya propia. Es cierto que para formar su decisión contó poderosamente su estado de salud, pero también una sólida convicción respecto de los males que provoca a una institución una permanencia larga en el mando de una sola persona.

El rector Guillermo Soberón también fue reeligido. Confieso que yo mismo fui partidario, al finalizar 1976, de que continuara en el cargo, y así lo manifesté. Por cierto que procedí entonces con gran ingenuidad (uno de los defectos que más demoran en caerle a uno de encima, si es que eso ocurre alguna vez) y creí en la sinceridad de las protestas antirreeleccionistas del médico que hoy es secretario de Salubridad. Pocos meses después empezó a verse el despropósito que había sido la reelección: entre muchos otros yerros, la segunda rectoría soberoniana la forjó un acerado antisindicalismo que incluyó romper una huelga por los granaderos; se echó en manos de la televisión más adocenante del mundo; y celebró con entusiasmos (y gastos) faraónicos el medio siglo de una autonomía que no se ejercía con, digamos, demasiada vehemencia.

Esas tres tristes historias ocurrieron a pesar de que los protagonistas tenían una biografía académica de gran valor, y de que no habían faltado en su primer periodo tendencias y acontecimientos positivos que contribuyeron a persuadir a muchos de la pertinencia de la reelección. Con mayor razón, nos tememos, el segundo periodo del rector Rivero será deplorable, porque ya lo fue el primero.

Abundan las evidencias que sostienen esa afirmación. Algunas de ellas fueron recogidas en la sección denominada Perfil que *La Jornada* publicó el 7 de

noviembre pasado bajo el título "La disputa por la UNAM". Bajo la firma de Hermann Bellinghausen, miembro también del consejo de redacción de *La Cultura en México* de nuestra revista, aparecieron materiales que resultaron de una investigación realizada por varios reporteros y analistas de ese diario. Deprimiría, si no exaltara por la vía de la indignación, el panorama formado por la diversidad de informaciones recogidas allí. El dato principal es la consolidación de una burocracia impune, que no da cuentas a nadie de lo que hace, a pesar de que, entre otras cosas, gasta sesenta mil millones de pesos de los que mucho necesita la nación. El Consejo Universitario, que reúne así sea precariamente, la representación de profesores y alumnos, se reunió una sola vez en este año. Con ello se ratifica el gobierno unipersonal en la principal institución universitaria del país. No lo quiso así el legislador de 1945, que si bien llamó jefe nato de la Universidad al Rector, previó también una toma colegiada de decisiones. En vez de eso, se ha instituido un mando vertical, impregnado de los peores vicios de la burocracia, como los homenajes obligatorios al Rector con motivo de su cumpleaños (en 1982, mientras la sociedad mexicana se adentraba en la crisis, el festejo respectivo, en el Centro Libanés, costó a las cajas universitarias muchos miles de pesos) y como las sugerencias, cuando el Rector se pone delicado de salud, de que se envíen a su domicilio mensajes con deseos de pronta recuperación.

Pero eso es lo de menos. Lo demás es la total desmovilización que en todos sentidos afecta a la Universidad. Por ejemplo, el Plan Rector, sorprendentemente elaborado (en el último año del periodo inicial) lo que significa una tomadura de pelo si no hay reelección o entraña la certidumbre de que sí la habrá, fue obra del 4 por ciento de los universitarios, según cifras oficiales. La proporción es muy menor, pero con toda certeza está, además, abultada artificiosamente; ese porcentaje ascendería a unas 16,000 personas lo cual es notoriamente falso, pues apenas sumaron unos centenares quienes, sobre todo funcionarios, intervinieron en la preparación de este documento, elaborado y aprobado por la Rectoría, con obvios fines electorales.

Lo de más es la introducción de prácticas por completo ajenas al manejo del poder universitario, como el espionaje. Un director en la UNAM pedía a sus interlocutores salir a conversar a los jardines, para no hacerlo en su despacho, cuando se trataba de abordar temas relacionados con la sucesión rectoral, pues supo de fijo que le habían sido colocados micrófonos en su oficina, para controlar lo que dijera o escuchara.

Lo de más es la autoritaria y arbitraria operación de la extensión universitaria, que lo mismo edita una reaccionaria historia de México que introduce el caos en las actividades que debiera propulsar y fomentar. Hace meses que carece de titular la Dirección de Difusión Cultural, y en teatro, en música, en los periódicos universitarios lo que ocurre no es para decirse.

Muchos otros defectos de la administración de Rivero podrían anotarse. Algunos tienen gran importancia, como la cesión de la autonomía en áreas como la oficina de prensa, cuyo actual responsable fue enviado por la Dirección de Comunicación Social de la Presidencia y pide instrucciones a la Secretaría de Gobernación; o como la diferenciación de pagos acordada en favor, y por un monto de 10 millones de pesos (que puestos en valores financieros se duplican en dos años) de los temibles tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Otros son menores, como la práctica del nepotismo, que permite que el yerno del Rector sea coordinador de la comisión del servicio social.

En la inauguración del edificio de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, el 8 de noviembre, el Rector respondió a preguntas de los reporteros. Dijo que se siente "razonablemente satisfecho" de lo que hizo en la Universidad durante su rectorado. Se ve que se conforma con poco. También por eso habría que pronunciarse contra su reelección.